



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 1 | Agosto 2020

Invertir para invertir

Diego Guilisasti¹

d.guilisasti@gmail.com

¹ Diego Guilisasti es Licenciado en Administración (UBA) y Máster en Diseño y Gestión de Programas Sociales (FLACSO). Actualmente, es Director Ejecutivo de la Fundación "Cartoneros y sus chicos", organización dedicada a contribuir a mejorar la calidad de vida de los hijos de los cartoneros mediante el desarrollo de programas educativos, recreativos y culturales que fomenten valores para su participación ciudadana responsable. Es Docente en la Universidad de San Isidro de las materias de Administración General y Administración Empresarial.

A modo de resumen

A lo largo del presente texto haré mención a los siguientes conceptos clave: desarrollo sostenible, responsabilidad, consciencia, impactos, la frialdad de las estadísticas, invertir, ODS, información, indicadores, evaluación, gestión asociada, redes interdisciplinarias, Capital Social. Nuestro mundo no es más que un pequeño punto azul en la inmensidad de un universo desconocido. No estamos seguros de que exista vida en otros planetas, pero sí sabemos que el presente y el futuro del nuestro dependen de quienes lo habitamos hoy. La frialdad de las estadísticas nos aleja de la realidad de quienes las componen reemplazando hambre, sed, dolor, sufrimiento, etc. por simples números y porcentajes. Estamos fallando como humanidad y lo único que nos preocupa es tener el último modelo de teléfono celular. Nunca existieron tantos medios de comunicación y, sin embargo, estamos absolutamente desconectados del otro, de su angustia, de su necesidad. Necesitamos *invertir* ésta realidad de manera urgente y solo podremos conseguirlo *invirtiendo*. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) son carteles luminosos que nos indican el camino hacia una sociedad más justa, equitativa, y con conciencia por el cuidado del medio ambiente. Todos debemos hacer nuestra *inversión* y recorrer ese camino juntos. De nada servirá “llegar antes”, ya que en este juego únicamente habrá ganadores o perdedores.

El trabajo interdisciplinario y la generación de información son componentes esenciales en el abordaje de problemáticas sociales. Necesitamos revalorizarlos y establecerlos como prioridad. Caso contrario, estaremos navegando en un mar infinito sin brújula ni estrellas que nos guíen.

Introducción

El 14 de febrero de 1990 fue tomada la imagen más lejana del planeta Tierra por la sonda Voyager luego de haber pasado Neptuno, justo antes de abandonar el sistema solar a 6000 millones de kilómetros.

Desde esa distancia, nuestro planeta se ve como una partícula de polvo suspendida entre tantas otras partículas más en un gran espacio oscuro.



El astrónomo y asesor de la NASA Carl Edward Sagan² escribió la siguiente reflexión titulada “Ese pálido punto azul”:

El más distante punto... así, tal vez no tenga particular interés, pero para nosotros es diferente (...) Nuestras posturas, nuestra imaginada auto-importancia, la falsa ilusión de tener una posición privilegiada en el Universo, son desafiadas por este pálido punto de luz (...) La Tierra es el único mundo conocido hasta ahora que alberga vida. No hay ningún otro lugar, al menos en el futuro cercano, al cual nuestra especie pudiera migrar. ¿Visitar?, sí. Establecerse, aún no. Nos guste o no, por el momento la Tierra es donde tenemos que quedarnos. Se ha dicho que la astronomía es una experiencia de humildad y construcción de carácter. Quizá no hay mejor demostración de la tontería de la soberbia humana que esta imagen distante de nuestro minúsculo mundo. Para mí, subraya nuestra responsabilidad de tratarnos los unos a los

² Carl Edward Sagan: Nueva York, Estados Unidos, 9 de noviembre de 1934-Seattle, Estados Unidos, 20 de diciembre de 1996. Astrónomo, astrofísico, cosmólogo, escritor y divulgador científico.

otros más amablemente, y de preservar y cuidar el pálido punto azul, el único hogar que jamás hemos conocido.

Encuentro en la reflexión de Sagan una íntima relación con lo que, unos 3 años antes (1987), la comisión liderada por la Dra. Brundtland denominó como “Desarrollo Sostenible”. El estudio del universo y nuestro lugar en él, relacionado con el avance de la humanidad y su lugar en la tierra. Nuestro planeta como nuestro universo. Qué lugar tiene el mundo en nuestro universo más allá de ser un pálido punto azul será un interrogante que quizás nunca logremos develar. Lo que sí cabe preguntarnos es qué lugar tenemos nosotros en este “punto”. Solo cada uno de nosotros puede analizar su propio *antes, ahora y después* con absoluta sinceridad y determinar si ése es el lugar que queremos en nuestro mundo. Si bien es cierto que nuestras libertades de acción se encuentran condicionadas siempre, incluso cuando creemos que no lo están, eso es contexto y, en la mayoría de los casos, debemos simplemente aceptarlo. Sin embargo, el contexto no termina de darnos forma y somos nosotros los que le ponemos ese último toque por el cual seremos recordados.

Se suele decir que “a mayor poder, mayor responsabilidad”, pero... ¿tenemos idea del poder que tenemos? Ser consciente de esto nos permitiría asumir luego la responsabilidad que devendría de dicho poder.

Pienso que no sabemos o, mejor dicho, que no queremos saber nuestro verdadero poder. Si fuéramos absolutamente conscientes de los impactos de cada una de nuestras acciones (tanto positivos como negativos), probablemente no podríamos siquiera movernos de la cama o decir una sola palabra. Todo debería ser tan milimétricamente analizado y cuidado que deberíamos prever si el aleteo de nuestras manos podría provocar un tsunami del otro lado del mundo. Claro que así no se puede vivir.

Qué hacemos conscientemente y qué no, pasa a ser ahora el eje central. Si hiciéramos el mal de manera inconsciente, nuestro propio entorno se encargaría de hacérselo notar y buscaríamos remediar el daño hecho. Si hiciéramos el mal de manera consciente, padeceríamos de psicopatía y se

nos reconocería como *psicópatas*. Entenderíamos las reglas sociales pero viviríamos bajo nuestros propios lineamientos. Según la definición de psicopatía, se hallaría “patológicamente alterada nuestra conducta social”. Probablemente no solo buscaríamos justificar nuestra conducta, sino que hasta intentaríamos convencer de que ésa fue la decisión correcta. Hago especial hincapié en esto porque creo que hay muchos más psicópatas de los que uno esperaría en un punto azul tan pequeño...

La empatía es una habilidad que puede ayudarnos en esta instancia. La capacidad de identificarnos con alguien y compartir sus sentimientos nos permite saber hasta qué punto nuestro comportamiento comenzaría a hacer daño.

La buena noticia es que la empatía es una habilidad socioemocional que puede ser desarrollada a lo largo de nuestras vidas. No importa cuán empáticos seamos sino cuán empáticos queramos ser.

Nosotros tenemos el poder. Tenemos el poder de ser lo suficientemente empáticos como para evaluar de manera consciente el impacto de nuestras acciones. Dicho impacto dejará en evidencia cómo decidimos transitar nuestra corta existencia en este pequeño punto azul, cuánto nos importa el legado que podamos dejar para las generaciones futuras y cuán conscientes somos de que “nadie vendrá a salvarnos”.

Las realidades a invertir

En el mundo³:

- 55% de la población mundial no tiene acceso a protección social.
- El 22% de los niños menores de 5 años (149 millones) tienen retraso de crecimiento debido a su mala alimentación y/o desnutrición.

³ Fuentes: Informe de los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2019, Naciones Unidas.
https://unstats.un.org/sdgs/report/2019/The-Sustainable-Development-Goals-Report-2019_Spanish.pdf

- Entre 2015 y 2018 las personas que sufrían desnutrición aumentaron de 784 millones a 821 millones.
- 617 millones de niños, niñas y adolescentes no alcanzan el nivel mínimo de competencias en lectura y escritura y matemáticas.
- 750 millones de adultos son analfabetos siendo 2/3 de ellos, mujeres.
- 2 de cada 5 personas en el mundo no cuentan con una instalación básica para lavarse las manos con agua y jabón.

En Argentina⁴:

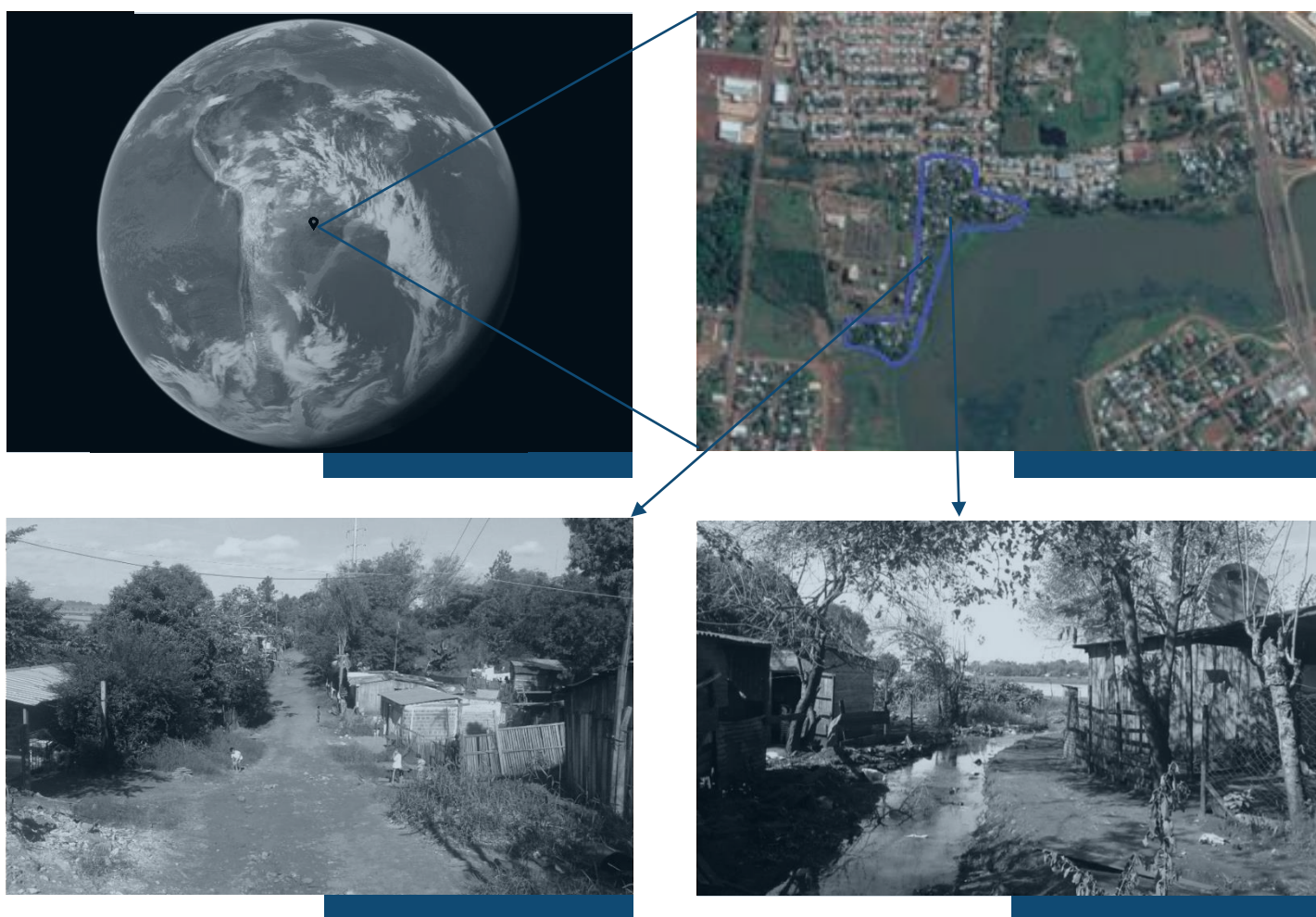
- Según las últimas estimaciones del INDEC, actualmente el 35,5% de los argentinos son pobres (casi 4 de cada 10 personas). De ese 35,5%, el 5,7% son indigentes.
- Según las encuestas de aprendizaje “Aprender 2016”, en 5to y 6to año del secundario en Lengua el 46,4% de los estudiantes se encuentra en el nivel básico y por debajo del nivel básico. En Matemática, el 40,9% de los estudiantes está por debajo del nivel básico.
- Un informe reciente de UNICEF menciona que “el 15% de los nacimientos en Argentina son de embarazos adolescentes: 6 de cada 10 no son planificados y 1 de cada 10 mujeres abandona la secundaria por tal motivo o porque se aboca al cuidado de sus hijos, hijas, hermanos o hermanas menores.”
- Por otro lado, menciona que “1 de cada 2 adolescentes de entre 13 y 17 años es pobre; entre los 14 y los 15 años, 1 de cada 6 trabaja; entre los 16 y los 17 años, lo hace 1 de cada 3.”

⁴ <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel3-Tema-4-46>
Para cada adolescente una oportunidad, UNICEF Argentina, 2017.
<https://www.unicef.org/argentina/spanish/Unicef-Adolescencia-WebFINAL.pdf>

- Por ser víctimas de abuso, violencia, abandono o trato negligente, 3.654 adolescentes de 13 a 17 años viven sin cuidados parentales en instituciones y familias alternativas.

Las cifras expuestas dan un panorama general de la situación del mundo y en particular de Argentina. Pero la frialdad de los números nos aleja de la realidad; de alguna manera la minimizan. Hace algunos años tuve la oportunidad de recorrer algunos de los barrios más pobres del interior de mi país. Una de estas visitas fue a un “barrio marginal urbano” llamado San Jorge ubicado en las cercanías de Posadas, la capital de la provincia de Misiones.

Permítanme ponerlos en contexto.



Recorriendo las calles me llamó poderosamente la atención la cantidad de niños que caminaban descalzos. No era la primera vez que veía la pobreza traducida en escasez de calzado para los niños. Lo que me preocupó fue la combinación de esa carencia con un suelo absolutamente colmado de vidrios y restos de botellas que afloraban con puntas filosas desde la tierra sin ninguna advertencia más que el mapa mental producto de la experiencia previa de cortes y lesiones ya sufridas.

Intentando disimular lo más posible mi preocupación, le consulté a quienes nos acompañaban en el recorrido (habitantes referentes del barrio) a qué se debía la cantidad de vidrios en el piso. Intenté hacerlo de la manera más amorosa que pude en ese momento ya que a nadie le gusta que le critiquen su casa.

La respuesta que me ofrecieron fue que, en el pasado, toda esa zona había sido un terreno baldío en el cual se arrojaban grandes cantidades de basura provenientes de la ciudad. Con los primeros asentamientos, la gente fue limpiando el terreno, pero mucha basura quedó enterrada en el piso, principalmente los vidrios. Fue así que el primer nombre del barrio fue “Villa Vidrio”. Todos los días niños descalzos caminan, corren, caen, juegan, en un suelo colmado de vidrios cortantes. En este barrio viven aproximadamente 350 familias con un promedio de 6 integrantes por familia. Poco más de 2000 personas que se incluyen en ese 55% de la población mundial sin protección social.

Cuando uno le pone cara, voz, sonrisa, llanto, alegría o sufrimiento a esos fríos números, las estadísticas duelen. Éste es el dolor que hay que *invertir*. Ésta es la realidad que hay que transformar.

Volviendo a los datos expuestos al comienzo de este apartado, la lejanía de dichas estadísticas de nuestras realidades individuales puede restarles importancia y hasta de alguna manera hacerlas inexistentes.

“Si no lo veo, no lo creo” dijo Tomás sobre Jesús resucitado. Cuando uno ve cara a cara la pobreza, la falta de agua, las víctimas de abuso, la destrucción

voraz de nuestro planeta, los jóvenes excluidos, etc., etc. es cuando comienza a creerlo *de verdad*. Sabemos que esas cifras están, que es una realidad que pasa, pero cuando esa verdad se nos pone enfrente, no tenemos más remedio que mirarla a los ojos y comprometernos para transformarla, para *invertirla*. Y así no lo hiciéramos, ¿qué huella estaríamos dejando en este pequeño punto azul?

El camino para invertir

A nivel mundial se está intentando abordar estas realidades con esfuerzos mancomunados a través de los Objetivos de Desarrollo Sostenibles (ODS). Según la página web del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, los ODS “son un llamado universal a la adopción de medidas para poner fin a la pobreza, proteger el planeta y garantizar que todas las personas gocen de paz y prosperidad”⁵.

Cuando Alicia entra al País de las Maravillas, se encuentra de repente perdida en el bosque con múltiples caminos alternativos. Es justo en ese momento que se le aparece el Gato de Cheshire y entablan la siguiente conversación:

Alicia: ¿Podrías por favor decirme cuál es el camino que debería tomar desde aquí?

Gato: Bueno, eso depende en gran medida de a dónde quieras ir.

Alicia: En realidad no me importa mucho dónde ir.

Gato: Si no te importa a dónde te diriges, entonces realmente no importa qué camino tomes.



Lo maravilloso de este fragmento es que relata de manera muy sencilla y con tono burlón algo que muy pocas veces tenemos en claro: ¿a dónde queremos llegar?

⁵ <http://www.undp.org/content/undp/es/home/sustainable-development-goals.html>

Pensando en la humanidad y en nuestro pequeño punto azul, no creo que exista una línea de llegada per se. Pero sí estoy seguro de que existen diferentes caminos que nos conducen a diferentes futuros posibles. Los ODS son carteles luminosos que nos indican con claridad cuál es el camino que la humanidad está hoy obligada a tomar si quiere un futuro sin pobreza y un planeta limpio y sano. Tenemos claro ahora cuál es el camino que debemos seguir, pero no todos lo comenzamos desde el mismo lugar. ¡Y ojo que se pone más confuso el asunto!

Imaginemos un sendero con millones y millones de personas transitando a diferentes velocidades. Algunos van en grandes y modernos automóviles y otros van gateando como bebés de 8 meses. Además, el camino presenta múltiples y constantes bifurcaciones que hacen que algunos se confundan, se olviden de las señales y se salgan del sendero. Y para agregarle el último condimento, si quienes van adelante no cuidan el asfalto o los arbolados espacios de descanso que hay cada pocos kilómetros, o si agotan los bebederos naturales, quienes vienen por detrás encontrarán grandes pozos, no podrán descansar bien y no tendrán agua para hidratarse. Nada de todo esto sería un problema para los que van por delante a no ser por un pequeño detalle: si avanzado el recorrido no llegamos todos juntos (y con “todos” me refiero a toda la humanidad), deberán volver a buscar a quienes quedaron detrás o se equivocaron y perdieron. Que quede algo claro: esto no es una carrera.

La información para invertir

El desafío, hoy, está en identificar las diferentes velocidades, los distintos medios de transporte y capacidades de progreso, quiénes van por delante y quiénes han quedado atrás o se han perdido, e intentar, muy de a poco, unirnos. En este camino es más importante ir juntos que avanzar. Para lograr unirnos y luego avanzar es fundamental contar con información que nos indique en qué estado está cada uno y cómo viene progresando. La información en materia de proyectos sociales es un asunto sumamente complejo, no solo porque es muy difícil identificarla, sino porque generarla no

está entre las prioridades. Es mucho más importante quitar el hambre que contar los platos que van saliendo. Desde mi formación, sé que no hay manera de saber cuánto se ha avanzado si no se sabe desde donde se ha partido. No podemos saber cuál es el impacto de nuestros programas de alfabetización sin comenzar sabiendo cuántos niños no saben leer ni escribir.

Vamos a poner un ejemplo muy real del mundo de las OSC. Tenemos un programa cuyo objetivo es contribuir a la prevención y erradicación del trabajo infantil. Destinamos muchísimos recursos para llevar adelante estrategias a través de las cuales los niños permanezcan en la escuela o realicen actividades a contra turno de ella y no sean presa del trabajo infantil.

En la urgencia por comenzar, no nos hicimos la primera pregunta clave: ¿cuántos niños se encuentran trabajando? De habernos hecho esta pregunta a tiempo, podríamos determinar en cuántos hemos logrado el impacto de que no trabajen más. Pero bueno, ya está, no nos hemos preguntado eso a tiempo, pero estamos convencidos de que nuestro trabajo está teniendo efecto. Entonces, no tenemos línea de base, no tenemos datos confiables contra qué comparar nuestro trabajo, no tenemos recursos económicos suficientes para poder afrontar una evaluación externa confiable. ¿Cómo hacemos, entonces, para medir el impacto del proyecto?

Lo primero que debemos hacer es reconocer que ya hemos hecho un gran progreso al identificar falencias en el desarrollo de nuestro programa para que no nos vuelva a suceder. Además, debemos ser conscientes de que no lo podemos todo y no tenemos por qué ser perfectos en cada parte del proyecto. Podemos ser excelentes ejecutores de programas pero tener algunas debilidades en su medición y evaluación. La gestión asociada es nuestra respuesta. Empresas, Gobiernos, OSC, etc., debemos trabajar de manera coordinada y con comunicación permanente para poder avanzar todos juntos. Los recursos faltantes de uno pueden ser los sobrantes de otro.

La generación de información y su fluidez deben ser prioridad para todos los actores. En una sociedad cada vez más conectada gracias a los maravillosos avances tecnológicos no puede haber excusas para no conseguirlo. Debemos

buscar generar más redes interdisciplinarias aprovechando el Capital Social. Expertos en sistemas participando en proyectos sociales; sociólogos y trabajadores sociales desarrollando nuevas aplicaciones móviles. La riqueza está en la diversidad. No pueden, entonces, existir más disciplinas aisladas con sus “expertos” reteniendo sus conocimientos cuando el objetivo está en resolver problemas sociales y contribuir al logro de los ODS. El motivo es simple: eso no sirve.

Invirtamos para invertir

Ciertamente debemos *invertir* muchas realidades de nuestra sociedad. Aún nos resulta muy difícil trabajar juntos. Existen demasiadas organizaciones que buscan su propio beneficio en detrimento del entorno y pelean por poder, lucro y “éxito” sin importar lo que cueste. Los dirigentes políticos -nuestros representantes- no hacen más que buscar alianzas con fines electorales cambiando ideologías y valores por minutos de televisión. Y los medios de comunicación son cómplices de todo esto. A nivel individual nos cuesta dejar de lado privilegios y comodidades por el bien común. Resulta más fácil hacer donaciones, y hasta dedicar tiempo de voluntariado que cambiar nuestros modos de vida, de consumo. Podemos coincidir en que es mala la contaminación ambiental, pero cambiamos el teléfono móvil, sin importar que funcione perfectamente, por uno más moderno o a la moda. Podemos coincidir en la importancia del estado en la sociedad, pero nos molesta cuando aumentan los impuestos para que ese estado funcione. Nos enojamos por la suciedad de la calle, pero nos terminamos el cigarrillo y arrojamus la colilla automáticamente. Los ODS son un intento de ordenarnos en el esfuerzo para cambiar, pero, si no los adoptamos como propios, no serán más que palabras.

Todos estamos llamados a *invertir* algo. *Invertir* nuestro pensamiento, *invertir* nuestra ética, *invertir* nuestras acciones, *invertir* tiempo, *invertir* esfuerzo, *invertir* recursos, *invertir* capacidades, *invertir* inteligencia, *invertir* fortalezas.

Todos estamos llamados a *invertir* lo que tengamos para lograr un futuro mejor y sustentable para nuestro pequeño punto azul y todos los que lo habitan y habitarán.